

Hechos 6:1-9; 7:2

Hechos 6:1-9; 7:2, 51-60 Pascua 4 2008

En aquellos días, como crecía el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, que las viudas de aquellos eran desatendidas en la distribución diaria. Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: —No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la Palabra. Agradó la propuesta a toda la multitud y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. A estos presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos. La palabra del Señor crecía y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe. Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo. Entonces algunos de la sinagoga llamada «de los libertos», y los de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia, se levantaron para discutir con Esteban. ... Esteban dijo: — Hermanos y padres, oíd: ... »¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, a quien vosotros ahora habéis entregado y matado; vosotros que recibisteis la Ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis. Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones y crujían los dientes contra él. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: «Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios». Entonces ellos, gritando, se taparon los oídos y arremetieron a una contra él. Lo echaron fuera de la ciudad y lo apedrearon. Los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Mientras lo apedreaban, Esteban oraba y decía: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado». Habiendo dicho esto, durmió.

La semana pasada escuchamos una imagen panorámica de la vida en general de la primera congregación cristiana en Jerusalén. Una de las cosas que se destacó en ese texto fue la

manera en que los primeros cristianos asiduamente se apegaban a la enseñanza de los apóstoles y a la celebración de los sacramentos.

En nuestro texto de hoy tenemos también algo ejemplar, algo que verdaderamente llama la atención en cuanto a esos primeros cristianos. Tenemos un buen retrato de lo que es ser un hombre cristiano fiel, tanto durante su vida y en la hora de su muerte. Necesitamos a personas así hoy, así que nos convendrá ver a ESTEBAN, UN MODELO DEL SIERVO CRISTIANO FIEL. Veremos que es I. Un hombre que mostraba el fruto de su fe en su vida fiel. II. Un hombre que aceptaba responsabilidades para servir a otros. III. Un hombre que daba fiel testimonio de Cristo. IV. Un hombre que vio la gloria de su Señor. V. Un hombre que duerme en Cristo.

La situación que se nos presenta en el texto es un resultado del crecimiento explosivo que ocurrió en la iglesia a partir del día de Pentecostés. En ese día 3000 hombres fueron bautizados. Luego escuchamos en el último versículo del capítulo 2 que “el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”. En el capítulo 4 se lee: “Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los hombres era como cinco mil” Como éstos fueron sólo los hombres, se estima que la iglesia tal vez haya constado de diez a quince mil miembros para ese entonces. Este crecimiento no trajo sólo gozo, también motivó algunos problemas. El problema específico de que nos informa el texto es que había quejas de algunos miembros de que las viudas de su grupo, los que hablaban griego, fueron discriminadas por los que hablaban hebreo o arameo. Lo que tenemos en nuestro texto es cómo los apóstoles respondieron a ese problema. Se eligió un grupo de siete diáconos para encargarse de esa distribución, permitiendo así que los apóstoles siguieran ejerciendo el ministerio de la palabra.

Pero en este sermón nos interesa particularmente una de las personas que se menciona entre los que fueron escogidos para este oficio, Estaban. Nos interesa porque es presentado aquí como un modelo de lo que es un fiel siervo de Jesucristo.

Lo vemos en que él es uno de los que fueron escogidos por la congregación para ocupar ese oficio. Pero, ¿cuáles eran los requisitos para ser un candidato para ese oficio de diácono? Nuestro texto dice: “Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo”. Notemos que no buscan a personas cualesquiera con la esperanza de que desarrollaran un carácter cristiano en el oficio. Deberían nombrar como candidatos sólo a los que ya estaban demostrando un buen carácter cristiano. Deben ser “de buen testimonio”,

personas que mostraban una conducta irreprochable en su conducta diaria, no porque era su trabajo, sino porque eran esa clase de personas.

¿Y cómo podían encontrar esa clase de personas? El fruto de una vida cristiana sólo lo puede producir el autor de esa vida, el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo viene por la palabra y los sacramentos. Así en el texto del domingo pasado, los que fueron bautizados recibieron el don del Espíritu Santo. Y como seguían constantes en la enseñanza de los apóstoles y la celebración de la Santa Cena, también crecían en su fe y con la ayuda del Espíritu mantenían la lucha contra su carne pecaminosa. Además, el Espíritu había dado a algunos de los miembros de la congregación el don de la sabiduría, la habilidad de ver cómo se aplicaban las enseñanzas de la Biblia y los apóstoles a las necesidades prácticas de la iglesia y a las vidas individuales. Estaban no esperó para ser nombrado a un oficio para demostrar esas cualidades. El hecho de que poseía esas cualidades es lo que lo hacía elegible para el oficio.

Fue un hombre que aceptaba responsabilidades para servir a otros. Cuando la iglesia le pidió asumir una responsabilidad que podría parecer menor, no rehusó. Es posible que el trabajo que se le pidió asumir a él y los otros seis les expondría a críticas y ataques. La misma palabra griega para la distribución que Lucas usa se podría traducir con “servicio”. Era realmente un servicio humilde que requeriría sacrificio personal, pero que bien hecho beneficiaría a las que lo recibían. El mundo podría considerar que este tipo de humilde servicio era degradante, que no era realizar la plena potencialidad de la persona. Pero a Esteban no le importaba eso, sino cómo podía servir a su Señor que tanto había hecho para él y en beneficio de la iglesia.

Y había un gran beneficio para la iglesia en esta actitud. Permitió que los apóstoles que habían sido llamados sobre todo a predicar y enseñar el evangelio se dedicaran de lleno a esa tarea y a la oración. Eso aseguraría que la iglesia no sufriría de una nutrición pobre en la palabra de Dios. Cuando otros están dispuestos a ayudar, permite que los pastores puedan dedicarse tanto más a aquello para lo cual fueron llamados, es decir, estudiar las Escrituras, orar y predicar a Cristo. La iglesia debe estar agradecida cuando los miembros están dispuestos, en forma oficial o extraoficial, a ayudar en todo lo que puedan la obra total de la iglesia.

Esteban también fue un hombre que mostraba fiel testimonio de Cristo. Esto no lo hizo en una capacidad oficial, porque su oficio era ayudar a atender las mesas. Pero como cristiano bautizado era un sacerdote de Cristo, y tenía su parte para cumplir en la comisión de predicar el evangelio a toda criatura.

Esteban sabía que la salvación viene sólo por Cristo, y que si las personas van a creer, necesitan oír las buenas nuevas de que Cristo asumió todos sus pecados y los pagó en la cruz. Le preocupaba que tantos de sus compatriotas habían rechazado a Cristo como su Mesías. Así que aprovechó toda oportunidad para dar testimonio de Cristo y exhortar a los hombres a creer en él. Cuando judíos de la sinagoga de los libertos se ponían a discutir con él sobre Cristo, Esteban conocía tan bien las Escrituras que podía demostrar que Jesús era el Cristo prometido y el Salvador. No podían refutar su testimonio.

Pero en vez de aceptar que Jesús fue enviado por Dios para ser su Salvador, sobornaron testigos para acusar a Esteban de blasfemia ante el sanedrín, la misma corte que había condenado a Jesús y pedido que Pilato lo crucificara.

Pero Esteban no se dejó amedrentar. En su defensa presentó ante el sanedrín todo un panorama del trato de Dios con su pueblo del Antiguo Testamento. Demostró la gracia de Dios en llamar a Abraham y librar a Israel de Egipto. Pero también manifestó la historia sórdida de la oposición a y la persecución de los profetas que Dios había enviado a su pueblo para llevarlo al arrepentimiento y a la fe en el Salvador venidero. Era evidente que estos líderes judíos que habían matado a Jesús habían repetido el plato.

Así Esteban aplicó la más severa ley a estos líderes impenitentes. “¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, a quien vosotros ahora habéis entregado y matado; vosotros que recibisteis la Ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis”.

Aun cuando estos hombres se enfurecieron contra él y hacían rechinar sus dientes contra él, no calló, sino fielmente testificó de la visión que Jesús en su misericordia le mostró en este momento de peligro mortal. “Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios”. Con esto selló su destino. Los que no son llevados al arrepentimiento se endurecen contra la predicación del arrepentimiento. Lo llevan afuera para apedrearlo. Esteban fue un testigo fiel hasta la muerte.

Es más, porque sabía que su propio pecado estaba perdonado, pudo pedir a Dios extender su perdón aun a estas personas que lo estaban matando injustificadamente. “«Señor, no les tomes en cuenta este pecado»”. Si Esteban, conociendo su propio pecado y la maravillosa gracia del Señor que lo perdonó, halló fuerzas

para perdonar a los que le estaban haciendo esto, ¿no podremos nosotros perdonar a los demás las cosas menores que hayan hecho a nosotros en vista del perdón que Jesús nos ha dado?

Pero aun antes de morir, Esteban fue un hombre a quien se le permitió ver la gloria del Señor. El que Cristo ascendió y se sentó a la diestra de Dios significa que ahora ejerce libremente todo el poder de Dios. Está en gloria absoluta. Se sienta en el cielo porque su gran obra redentora está completa, no queda más que hacer. En este momento crítico, cuando está a punto de morir por su fiel testimonio de Cristo, a este siervo fiel se le permite ver a su Señor en gloria, para saber lo que es el destino también de cada siervo creyente y fiel en el Salvador.

Pero no sólo vio al Señor sentado en gloria, lo vio parado a la diestra de Dios. Jesús se interesa intensamente en lo que sucede con su fiel testigo en la tierra. Se levanta para ayudar, y para recibir a su siervo en gloria.

Aunque no lo vemos, podemos estar seguros de que Jesús hace lo mismo por nosotros. ¿No es cierto que prometió, yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo? Así como Esteban, podemos estar seguros de la ayuda del Señor aun en los momentos más difíciles y críticos.

Y finalmente vemos a este fiel siervo llegar a la meta de su vida. Duerme en Cristo. Cuando se le acerca el momento de su muerte, clama a su Señor: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. Su alma en los próximos minutos sería separado de su cuerpo. Pero no dejaría de existir. Pasaría a la presencia de su exaltado Salvador, y gozaría allí de la perfecta bienaventuranza. La comunión que había cultivado con su Señor por fe aquí en la tierra, alimentándose con la palabra y el sacramento, ahora lo gozaría plenamente por vista en el cielo con Cristo.

¿Y su cuerpo golpeado y maltratado? “Durmió”. En todo el Nuevo Testamento se acostumbra usar la expresión dormir por los que han muerto en Cristo. Porque realmente es análogo a lo que pasa cuando nos acostamos en la noche para dormir, para luego despertarnos refrescados la mañana siguiente. Ese cuerpo maltratado resucitará glorificado en el último día, y estará presente otra vez unido con su alma en la eterna bienaventuranza.

Así hemos visto un retrato de un siervo fiel de Jesucristo, desde su humilde servicio y fiel testimonio en esta tierra, hasta la gloria final que hereda al concluir su vida aquí. Hermanos, tenemos las mismas Escrituras y los mismos sacramentos que tuvo Esteban. El mismo Espíritu ha obrado la fe en nuestro corazón. Procuremos también, confiando siempre en nuestro

Salvador que dio su vida para obtener nuestro perdón, seguir a Esteban en su fiel servicio y llegar también finalmente a lo que es la meta de nuestra vida, la eterna bienaventuranza con Cristo. Amén.